

Declaraciones del Sr. Castelar

Las que hoy hace en *El Liberal* el eminente tribuno, corresponden a la política que viene sustentando años hace; pero así y todo, por estar inspiradas en un gran patriotismo, y revestir siempre en la forma gran encanto, las vamos a reproducir en lo que consideramos más importante:

«No hay solución política verdadera—dice—si no se implanta en la realidad; y no hay medio de implantarla en la realidad, si no transigimos con las tradiciones de ayer, con las circunstancias de hoy, con las costumbres de siempre, superiores a todas las leyes.

El país considera ahora el mayor de sus estadistas, no a quien cuente con más número de amigos y hable mejor y tenga más antigua y más gloriosa historia, sino a quien baje los cambios y suba los valores, conjure la crisis monetaria y preserve al mercado del curso forzoso, nivele los presupuestos y evite la bancarrota, emprendiendo con mano fuerte las economías demandadas por nuestra secular pobreza, que han agravado las guerras civiles y extranjeras, conservando lo mejor de nosotros, el heroico ejército, para la seguridad y la defensa de todos, extendiendo los recursos del gobierno al fomento de nuestro nacional trabajo y a la fructificación de nuestra incontestable paz.

No cierro los ojos a tantos obstáculos como combaten esta grande aspiración mía. Primero los intereses egoístas y después la rutina tradicional, suelen a encañarse cuando se los aguijonea, siquier pida un aguijón mayor nuestra peregrina complejidad que la complejidad de ningún otro pueblo. Aterráme mucho el sistema obstructivista puesto en moda hoy. Muerto y enterrado el absolutismo histórico; imposible de todo punto la dictadura militar, no tenemos otro sistema y medio de gobernarlos que los ministerios indicados a la Corona por el Parlamento y en el Parlamento sustentados. Si esta máquina de gobernar se obstina en la obstrucción, yo ignoro cuál sistema de gobierno puede quedarle a un país donde han marrado todos.

Por fortuna, la solución del problema político hace que los Parlamentos se hallen hoy más desahogados de faenas que antaño, y deban en corto número de leyes entender. A esta se une otra ventaja, la especie de convenio tácito en que todos los estadistas han entrado ya, proponiéndose dejar a cada Parlamento el máximo de vida que le permite la Constitución. Aunque las elecciones en Francia e Inglaterra no tengan los inconvenientes ni las máculas que aquí en España tienen, llegan los Parlamentos allí siempre a su término constitucional. Hélo yo dicho muchas veces y lo reitero ahora; así como tres mudanzas de hogar equivalen a un incendio, tres elecciones generales equivalen a una revolución.

Hay que conjurar las obstrucciones y hay que aprovechar los Parlamentos. Queriendo el gobierno, bástale con presentar un sistema de ingresos y gastos bien cebado, y agrupar en torno suyo una mayoría disciplinada, para que reforma, tan puesta en razón como la reforma económica, encuentre facilidades superiores a las encontradas por la reforma política, quien triunfó merced a lo fijo de nuestro pensamiento y a lo concentrado de nuestro esfuerzo. Ningún enemigo considerable puede hoy detener la reforma.

Desorganizados los partidos extremos; disueltas las fuerzas carlistas por el ocio, en que han caído tras sus posturas derrotas; desvanecido el mesianismo de la inmediata revolución, porque ha llegado el Mesías para todos con el derecho de todos; acercándose cada vez más la democracia republicana por un impulso incontestable a la democracia gobernante, como se ha visto en este período último, donde las benevolencias de los más radicales y espartanos hacia el gobierno han sido continuas; trastocado el grupo federal en una escuela sociológica sin visos de escuela militante; reconciliada la libertad con la Iglesia y resuelto el clero por las divinas sugerencias del inmortal León XIII a respetar la Constitución y colocarla sobre su cabeza; mantenido el orden público por consentimiento y concurso de todos; el partido liberal contraera una inmensa responsabilidad, si, desaprovechando todas estas felices coyunturas, no abre un período de verdadera economía y no concede al pueblo español el prometido presupuesto de la paz, indispensable a la democracia y al progreso.

El propósito del Sr. Castelar no puede ser más patriótico, pero no tenemos nosotros la confianza que el gran tribuno pone en la obra de las economías.

Algunas se podrán hacer, no muchas, porque en cambio hay servicios muy deficientemente dotados, como los de Correos, Telégrafos y policía, y el material de guerra deja mucho que desear, y a Marina no le vendrían mal unos cuantos barcos.

Por eso decimos que las economías como programa de partido, nos parece vago, peligroso y difícil de realizar.

El mejor flon no está en las economías, sino en la buena administración y en el fomento de los ingresos.

Con refrenar los gastos en la actual cifra y cuidar de los ingresos, no por el establecimiento de nuevos tributos que el país no podría soportar, sino por el buen orden en la administración, reprimiendo el contrabando y otras defraudaciones, en poco tiempo se obtendrían maravillosos resultados.

Y en cuanto a los cambios con el extran-

jero y estimación de nuestros fondos, una política financiera juiciosa e inteligente en el sentido que hemos dicho, podría dar los resultados a que aspira el Sr. Castelar.

LA CRISIS OBRERA.

El señor ministro de la Gobernación continúa dedicando toda su atención a la cuestión social, con objeto de evitar en los próximos otoño e invierno que se reproduzca, tanto en Madrid como en provincias, la crisis jornalera, que en algunas partes, como en Andalucía, llegó a preocupar hondamente la atención pública.

Hace días dimos a conocer a nuestros lectores algunos de los proyectos que con tan laudable objeto abraja el Sr. Aguilera, como son, entre otros, el promover obras públicas, tanto provinciales como del Estado, e interesar a la vez del ministro de la Guerra la construcción de caarteles y del hospital Militar en el campamento de los Carabanchales.

También piensa el Sr. Aguilera encaminar sus iniciativas, como ya dijimos, a la construcción de un magnífico palacio para los Cuerpos Colegisladores, edificio que muy bien pudiera erigirse en terrenos de los que ocupa el Jardín Botánico.

En esta clase de construcciones no sólo encuentra ocupación el pobre jornalero, sino además gran número de artistas, como escultores, tallistas, pintores decorativos y otros más que, acostumbrados a ganar buenos jornales en todas las grandes construcciones que estos años se han llevado a cabo en Madrid, encuéntrase hoy bajo el peso de una crisis motivada por la falta de ese trabajo.

Con objeto de conocer las necesidades de las clases trabajadoras, las causas que han sido productos de las huelgas y demás detalles con la cuestión social relacionados, proyecta el señor ministro de la Gobernación la formación de una estadística del trabajo, que sería encomendada a las Diputaciones provinciales, radicando el negociado central en el ministerio de la Gobernación.

Dicha estadística, a semejanza de las que se han formado para sanidad, sería utilísima y de positivos resultados para el objeto con que se piensa crearla.

De encontrar el Sr. Aguilera el apoyo necesario para la realización de su pensamiento, logrará en gran parte conjurarse la activa situación que pesa sobre las clases menesterosas, y que con tan tristes manifestaciones se presenta en la temporada invernal.

Cuento casi matemático.

Me lo contaron siendo muy niño. El tiempo, que tantas cosas borró de mi mente, dejó en las escondidas celdillas de mi cerebro, con el mismo color y la viveza misma que si acabara de escucharlo, todo lo que voy a contaros. Y es que los conceptos en los primeros años adquiridos, son como preciosas cristalizaciones de las ideas, en las que la acción disolvente del tiempo se ejerce con fuerza muy poca.

Pues señor, allá en aquellos tiempos remotos, en que dominaba el feudalismo en nuestra España, vivía en una, por aquel entonces inexpugnable fortaleza, el conde D. Lope de Guzmán, un señor de herca y cuchillo, que entre sus muchos vicios, y diz que no tenía el diablo por donde desahucarse, era uno de los que mayor imperio ejercían en su excelencia la afición desmesurada a la bebida.

Desde hacía muchos años conservaba don Lope a su servicio un como mayordomo y escudero al mismo tiempo, que asumía el completo gobierno del castillo y la absoluta confianza de su señor.

Allá se iba con éste, Rodrigo, que así se llamaba el escudero, en punto a moralidad y buena conducta, pero en lo que no cedía un ápice a su amo era en su pasión por los buenos vinos, y a pique estuvo en más de una ocasión de ser colgado en la torre del homenaje, por ayudar a su señor en el consumo de sus bodegas.

Salvó el afecto que aquel le tenía, y más que nada, que D. Lope comprendía muy bien en tal cuestión hasta dónde llegaba la fuerza de las tentaciones.

No escatimaba el caballero, tratándose de satisfacer su pasión favorita, ni gastos, ni trabajos. Así consiguió que de unas comarcas que llamaban de Jerez, situadas muy dentro de los reinos árabes, le trajesen 32 botellas de un vino dorado de delicadísimo aroma, que aquellos fabricaban.

A D. Lope le pareció aquel vino un néctar de los dioses. Guardó las botellas, como guarda el avaro su tesoro, decidido a beberlas muy poco a poco, pero entonces se presentó un pavoroso problema a la mente del caballero.

«¿Cómo impedir que Rodrigo quisiera ayudar a su amo en su tarea?»

Que el escudero cayera en la tentación, estaba muy en los límites de lo posible; que él le mandara ahogar *in continentí*, de eso no cabía duda; pero iba a conseguir recobrar por ello el licor que hubiera Rodrigo trasegado a su estómago?

«Dios mío! ¿Y si le robaba una botella?» La aritmética de D. Lope no llegaba a más cuentas que hasta acabar el empleo de los diez dedos de sus manos. «¿Cómo poder contar constantemente su tesoro?»

Sacó del apuro un alquimista judío que hacía las veces de médico en el castillo, y que se vanagloriaba de poseer grandes conocimientos matemáticos, el cual mandó construir una caja dividida en nueve compartimentos, en la que colocó las 32 botellas del modo siguiente:

| | | |
|---|---|---|
| 1 | 7 | 1 |
| 7 | | 7 |
| 1 | 7 | 1 |

De esta manera sumadas las de cada uno de los lados del cuadrado, daban siempre nueve, número al que alcanzaban los conocimientos en numeración del conde (y aun le sobraba un dedo), y cualquier robo sería inmediatamente apercibido.

Muy satisfecho quedó D. Lope de tal artificio, y como de allí a poco tuviera que marchar a la guerra de moros, púsose al frente de sus mesnadas, y llamando antes de partir a su escudero, le dijo: «Tú no vendrás conmigo porque quiero encargarte de la custodia de uno de los tesoros que más estimo», y mostrándole la caja, añadió: «mira, por cualquier lado que cuentes son nueve; como a mi vuelta falte una sola, por San Lope te juro que hago que te desuelven vivo.»

Aterrado quedó el escudero ante tan enérgico juramento y en muchos días no se le ocurrió siquiera que podía dar lugar a que fuese cumplido; pero como todo pasa en este mundo, fueron pasando también sus temores, al mismo tiempo que cada vez más fuerte se agitaba en él un deseo loco de entrar a saco en aquella caja.

Por fin, una noche que había cenado más de lo acostumbrado, bajó a la bodega y joh fragilidad humana! se bebió una botella íntegra, sin dejar una gota.

Cuando al día siguiente recobró sus sentidos quedó aterrado; pero como su amo estaba muy lejos y el primer paso es el que más cuesta, y el vino le había parecido como fabricado por ángeles, volvió y volvió, y otras tres botellas siguieron la suerte de la primera.

Entonces recordó que el conde le había dicho: «Mira, por cualquier lado que cuentes, son nueve.» Era preciso que sumaran nueve por cualquier lado. ¿Pero cómo conseguirlo después de quitar cuatro?»

Empezó a hacer combinaciones, y joh, fortuna! La gran casualidad, madre fecunda de todos los sucesos de la tierra, como dijo el poeta, le dió la siguiente colocación:

| | | |
|---|---|---|
| 2 | 5 | 2 |
| 5 | | 5 |
| 2 | 5 | 2 |

Rodrigo contó asombrado una, dos, tres veces; no cabía duda, eran nueve por cualquier lado que contase; miró los cascos vacíos de las bebidas, y volvió a contar: nueve, nueve; estaba salvado.

Nada como el éxito hace a los hombres atrevidos; quitó otras cuatro el escudero, y por segunda vez su buena fortuna permitió hallar la siguiente colocación,

| | | |
|---|---|---|
| 3 | 3 | 3 |
| 3 | | 3 |
| 3 | 3 | 3 |

que satisfacía a las exigencias de su señor. Llegó la noticia del regreso de éste, cuando el atrevido escudero había consumido una docena justa de botellas.

No quedaban más que 20; pero Rodrigo, que hubiera hecho un buen economista en estos tiempos, halló el siguiente modo de colocarlas:

| | | |
|---|---|---|
| 4 | 1 | 4 |
| 1 | | 1 |
| 4 | 1 | 4 |

En el que era verdad que faltaban doce, pero ¡por San Lope! como juraba su amo, que sumaban nueve por todos lados.

Colocadas así, el escudero ocultó cuidadosamente en lo último de la bodega, debajo de una verdadera montaña de botellas vacías, las doce que constituían el cuerpo de su delito.

Llegó el conde victorioso a su castillo, y uno de sus primeros actos fué una visita de inspección a sus bodegas. Se acercó a la caja, acompañado de su escudero, tembloroso y tembloroso, y después de una prolija cuenta abrazóse satisfecho y hasta le concedió yo no sé qué mercedes.

Pero como las glorias humanas duran poco, ocurriósele al conde que para solemnizar sus triunfos debía beberse una botella, y una vez hecho, pensó que para que no pudieran llenarla de otro vino y sustituirlo por alguna de las resiantes debía ocultarla, y se le ocurrió después que, como más oculto y más recóndito, debía hacerlo en el mismísimo sitio que Rodrigo escondió las compañeras.

Al acercarse al escondrijo y apercibir las doce vacantes, parecióle al caballero que tenía telarañas en los ojos ó que los vapores del vino le hacían ver repetida doce veces la que llevaba en la mano.

Cuando se convenció el conde de la rea-

lidad de lo que veía, dió un grito como el rugido de una fiera, y saltando los escalones de cuatro en cuatro, subió al castillo animado, como se figurará el lector, de las más conciliadoras disposiciones.

«Que cuelguen en seguida de las almeas a mi médico! gritó en cuanto llegó arriba, y cuentan que después de cumplida la sentencia, hubo quien le oyó murmurar rencoroso entre dientes: «Toma ahora matemáticas.»

Dije al principio que había oído contar este cuento; más de oírle le vi cien veces puesto en acción figurando las botellas con cerillas. Encontráreis, sin duda muy primitivo tal sistema de representación, pero a mí entonces me parecía de perlas; y en cuanto a emblemas no han sido mucho más felices muchas sociedades y naciones en sus simbolismos, aun contando siglos por cada uno de mis años entonces.

Quizá no os parezca muy moral este final; pero qué quereis, casi siempre pagan los tontos en este mundo las culpas de los pillos.

EL PAN

Por falta de número no se ha reunido hoy la Junta municipal de Asociados, que estaba convocada para darle cuenta de las gestiones hechas por el alcalde a fin de que los tahoneros rebajen el precio del pan.

Si los individuos de la expresada Junta proceden con tal pereza en un asunto de tanta importancia como es el precio del pan, hay motivos para dudar de su actividad y de su eficacia en cuantos asuntos se relacionan con los intereses del vecindario.

Entre tanto los tahoneros siguen campando por sus respetos, y las clases menesterosas continúan pagando a mayor precio del que debieran el único artículo que les sirve de sustento.

Es, pues, digna de la mayor censura la negligencia de la Junta municipal de Asociados.

Generales disgustados.

Vienen hablando algunos periódicos del disgusto que existe entre los generales de cuartel, porque en los créditos pedidos para atender a los aumentos hechos en el presupuesto del ministerio de la Guerra, no figura cantidad alguna para igualar el sueldo de dichos generales con el que disfrutan los de la misma categoría de la escala de reserva.

Segun nuestras noticias, que tenemos por exactas, y con las que seguramente estarán de acuerdo los mismos generales aludidos, por más que éstos deseen que se haga algo en dicho sentido, no es cierto, sin embargo, que estén disgustados, ni mucho menos que hayan pensado en presentar reclamaciones de ninguna clase.

Después de todo, no hay motivo para dicho disgusto, puesto que el ministro de la Guerra, espontáneamente, sin excitaciones de nadie, consignó en el presupuesto la cantidad necesaria a tal objeto, que no ha podido realizarse por no haberse aprobado los presupuestos.

Y como el Consejo de Estado sólo autoriza los créditos indispensables para atenciones ya creadas, claro es que, no siendo de esta clase el referido aumento de sueldo, no podía obtenerse por autorización de aquel alto cuerpo el crédito necesario.

Y tan es esto así, que el Consejo de Estado sólo ha aprobado, respecto al ministerio de la Guerra, los créditos necesarios para la creación del nuevo regimiento de Africa.

La reunion de Lourizan.

Saben nuestros lectores cuántas fantasías forjaron varios periódicos al dar noticia de esta pretendida reunion.

Pues bien, el *Diario de Pontevedra*, con autorización del Sr. Montero Rios, dice lo siguiente:

«Todo ello es pura fantasía de verano; pues el propio Sr. Montero Rios, a quien hemos tenido la honra de interrogar insistentemente sobre tan trascendentales asuntos, se ha mostrado altamente sorprendido toda vez que no tiene motivos ni ha pensado en nada de cuanto se inventa y se dice, ni ha modificado su modo de pensar en política y lo que es más aun, ni de política se ocupa esta temporada que consagra exclusivamente a la tranquilidad y al reposo al lado de su familia.

Pues todas esas especies fantásticas que han sido pasto estos días en los círculos de la corte de las gentes desocupadas y ávidas de emociones, se han disipado ya como el humo, porque no hay combustible para alimentarlas.»

El viaje del Sr. Sagasta.

Leemos en nuestro colega *El Liberal Navarro*:

«Cuantos testigos presenciales del recibimiento hecho al Sr. Sagasta nos han referido los detalles del mismo, convienen en que el pueblo navarro ha sabido cumplir sus deberes de hospitalidad y cortesía como quien es, no como podría pensarse al leer ciertos intencionados sueltos que nos ha extrañado ver insertos en nuestro estimado colega *El Eco de Navarra*, tan discreto siempre, pero tan propenso a piachear cuando se trata, directa ó indirectamente, del Sr. Sagasta.

Afortunadamente, los hechos no pueden modificarse a gusto de los hombres; y por

esa razón, el pueblo navarro ha sabido recibir al Sr. Sagasta con toda la solemnidad y corrección propias del caso.

Ha vitoreado a Sagasta al mismo tiempo que vitoreaba a los fueros. Ese es el principal mérito del recibimiento hecho al presidente del Consejo: se le ha demostrado el amor inmenso que los navarros sienten por sus libertades forales, y se le ha probado a la vez que aquí hay respetos y afecto para todo lo que merece esos respetos y es acreedor a ese afecto.

No nos extraña ese proceder. Sabíamos que Navarra no da nunca los pasos impropios y absurdos que algunos desearían.»

D. Jaime en España

Los correspondientes de *La Correspondencia* y del *Heraldo* han visitado en San Juan de Luz al hijo de D. Carlos, y hé aquí algunas cosas de las que cuentan los periódicos, que por cierto han fijado bien poco la atención pública:

«Al venir de Venecia, estuvo en Búrgos, durmió en Venta de Baños, recorrió Santander, Asturias y visitó el templo de Covadonga. En el álbum que hay escrito su nombre firmado al revés.

Estuvo después en Palencia, Leon y Valladolid.

En Junio llegó a Madrid y se hospedó en las habitaciones que hay sobre el café de Francia, en el pasaje de Matheu. Allí tomó Olazábal, su acompañante, el nombre de Ortiz; D. Jaime se llamó Battemberg.

Asistió a una sesión del Congreso y presenció un debate en que discutían los señores Cos-Gayon, Gamazo y Amós Salvador sobre el presupuesto último, y si había ó no había *superavit*.

Le gustó mucho la oratoria de Gamazo, y le pareció que Cos-Gayon se enfada mucho.

Recuerda que esto era el día 10 de Junio. De las impresiones del viaje se muestra encantado de Andalucía, y especialmente le ha maravillado y gustado sobremanera Sevilla.

D. Jaime cumplió los veinticuatro años mientras viajaba en España, y hasta el presente no parece tener ningún propósito matrimonial.

D. Jaime ha desmentido categóricamente todo lo que se ha escrito referente a su matrimonio con la princesa de Asturias.

En la manera de hablar de D. Jaime veíase que no le preocupaba la familia real, ni que le tenía rencor, pero que no quería ser rey consorte.

Preguntado sobre conspiraciones y movimientos del carlismo, me contestó:

«Estoy seguro de que a nuestra voz se levantarían millares de personas. Pero no hay derecho para hacer una guerra sacrificando tantas vidas estérilmente. La fruta madurará.»

Los carlistas de las Provincias Vascongadas visitan a D. Jaime estos días en San Juan de Luz, en casa de D. Tirso Olazábal, que es donde se hospeda.

Ha debido salir ya para Venecia.

Partidas separatistas.

La noticia que circuló ayer referente a un desembarco de filibusteros en Puerto Príncipe, tuvo origen en un telegrama que dice haber recibido un diputado conservador, al cual se le dirigió un individuo del partido de union constitucional.

En los centros oficiales no se ha recibido la menor noticia del suceso de referencia.

LOS TERREMOTOS en Constantinopla.

Más detalles.—Escenas aterradoras.—El ferro-carril subterráneo.—El Hospital de locos.—El Gran Bazar.—La cúpula de Santa Sofía.—La Sublime Puerta.

A los detalles que ya hemos publicado relativos a los desastres causados en Constantinopla por los últimos terremotos, tenemos que añadir algunos otros que son verdaderamente interesantes.

Un ferro-carril subterráneo, obra notable a manera de túnel, que une a Pera y Galata con el famoso puente que vá hasta Stambul, iba completamente lleno cuando se sintió el primer terremoto.

Los maquinistas, asustados, en vez de precipitar la carrera, detuvieron la marcha del tren.

A los pocos instantes se repitieron los temblores y entonces los viajeros, principalmente las mujeres, al considerar el peligro de morir aplastados por aquella bóveda de piedra, prorrumpieron en gritos de la mayor angustia.

Al fin el tren continuó su marcha, y al salir los viajeros del túnel, viendo que la tierra seguía moviéndose a sus plantas y que había ya destruidos algunos edificios, se arrojaron de los coches en medio de la confusión más espantosa.

El Hospital de locos ofreció aquel día un cuadro aterrador.

Los locos, sintiéndose amenazados del terremoto, quisieron a toda costa abandonar el edificio para refugiarse en su jardín, siendo inútiles los esfuerzos de los guardianes para contenerlos, pues la fuerza de los demones se encontraba duplicada por el espanto. Cuando se vieron en el jardín se colocaron de rodillas bajo los árboles, implorando la piedad del Señor. Dios les había inspirado aquel movimiento de salvación, puesto que algunos minutos más

